

EDUCACION Y ENSEÑANZA SEGUN COSTA * (1)

GUMERSINDO DE AZCARATE

Presidente de que fue de esta Institución

Una de las mayores preocupaciones de Costa fue la cuestión pedagógica.

Mas para hablar de sus ideas respecto de ella, ¿qué mejor cosa puedo hacer yo que acudir a la hermosa conferencia que sobre este tema dio en la Sociedad «El Sitio», de Bilbao, el 12 de febrero de 1912 el señor Cossío, que fue su compañero en la Universidad y en la Institución Libre de Enseñanza?

Comenzaba diciendo el señor Cossío: «Voy a hablar de la obra pedagógica de Costa, notadlo bien, de la obra, no de la persona, porque, si yo me lanzase a hablar de la persona, temería que aquel grande espíritu, mi íntimo amigo del alma, se levantase para decirme que venía aquí a prostituir toda su educación y toda su enseñanza; que dejase tranquila la persona, porque a él y a mí nos habían enseñado nuestros comunes y venerados maestros que la persona no debe tratarse, y que lo que importa es tratar y hablar de las cosas. Y así, en efecto, el primer ejemplo educador que todos debemos aprender de esta gran figura, ha sido la protesta contra uno de los vicios más terribles que corroen el carácter nacional: el del subjetivismo de la personalidad. Jamás pensó Costa en sí mismo, no pensó en su persona, no pensó más que en las cosas, y por esto no puedo ni debo hablar yo ahora más que de las cosas y de la obra de Costa. Su carácter fue tan impersonal por haberse formado precisamente en la generación más impersonal de educadores que ha habido modernamente en España: la de la segunda mitad del pasado siglo, la llamada krausista. Costa era esencialmente krausista, proviniendo principalmente de aquella fuente que brotó del austero y noble espíritu de don Julián Sanz del Río. Significaba aquella tendencia un profundo sentido ético y afirmaba que no podían separarse jamás las ideas del hecho. Entre el conocimiento y la vida tenía que haber, más que una perfecta asociación, una unidad perfecta; la conducta habrá de ser siempre reflejo fiel de las ideas, y esta fue, sin duda, la más grande enseñanza que Costa aprendió de aquella pléyade de pensadores, entre los cuales tomó pronto el puesto que merecía, y la que nos ha legado también como un ejemplo. Costa era esencialmente un trabajador noche y día, y yo tuve la suerte de aprender de él en la Universidad, a su lado —dice el señor Cossío—, pues, aunque de menor edad que él, condiscípulo fui de Costa, y a él debo la ocasión del estímulo espiritual más profundo que he tenido en mi vida.» Costa fue, y a esto se alude, quien llevó a Cossío a Giner de los Ríos.

Costa se movía siempre, y como pocos, en aquella esfera en que todos somos educadores con nuestro propio ejemplo; pero, además, ha sido un admirable educador desde el punto de vista político, es decir, ha sido un formidable inquietador de multitudes. Y él es el que ha llevado a su grado

* Publicado en el Boletín Oficial de la Institución Libre de Enseñanza núm. 720. Madrid, 31 de marzo de 1920.

(1) Este artículo forma parte de la «Necrología del Sr. D. Joaquín Costa Martínez», escrita por encargo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate y Menéndez, y leída por el Sr. D. Adolfo G. Posada en las sesiones de 9 y 16 de abril y 21 de mayo de 1918. Acaba de publicarse por dicha Academia.

máximo en nuestro país aquella gran concepción de que los pueblos se educan por los pueblos y por las ideas de los pueblos. Pero fue también, por último, educador en otra esfera, en la más específica: como maestro de escuela, dando enseñanza y a la vez elaborando y produciendo todas sus ideas personales sobre la educación y la escuela. Porque Costa ha querido ser siempre maestro, y tal vez no ha querido ser nunca en el fondo de su alma otra cosa; y, ¡oh crueldad del destino y de los hombres!, sus contemporáneos no le dejaron serlo.

Tres veces intentó ser maestro en la Universidad. Hizo para ello pruebas maravillosas en eso que se llama oposiciones. Tres hizo: una a Historia de España y otras dos a Derecho político. No pudo ser profesor ni de lo uno ni de lo otro. En ambas disciplinas deja un reguero de luz para la ciencia y la conciencia nacionales. ¿Qué han dejado sus afortunados competidores? La injusticia no amenguó en un átomo el fervor y la potencia de trabajo de Costa, pero hirió para siempre su vida. Costa quiso también ser político —dice Cossío— y tampoco le han dejado serlo, porque cuando, a fuerza de su trabajo, se ha impuesto a la conciencia nacional por sus obras históricas, por sus obras de Derecho y por su misma fecunda, inagotable acción social, era tarde para que Costa pudiera ser político, y era tarde porque había experimentado su espíritu una evolución que le hacía tener los dos pies en el porvenir, y nadie que tenga los dos pies en el porvenir puede ser político.

Costa fue maestro en la Institución Libre de Enseñanza, a cuya fundación contribuyó con todas sus fuerzas, siendo uno de los que más han contribuido a forjar todos sus principios y todas sus ideas pedagógicas. La característica de Costa, según el señor Cossío, no ha sido la teoría, la concepción que debe preceder a la realización educadora; no ha sido la experiencia, que lleva igualmente al método; no ha sido ni siquiera el proceso, relativo a los medios; ha sido el último pormenor en que viene a determinarse la idea, el proceso, el método; ha sido el material que debe utilizarse para la enseñanza. Esta es la característica de la primera fase del pensamiento pedagógico de Costa.

El material que tenemos para la educación del conocimiento, dice el señor Cossío, no puede ser más que éste: la realidad misma y la imagen de la realidad. Esta imagen de la realidad llega, en último término, a convertirse en algo abstracto, o sea, los símbolos que nosotros mismos creamos para comunicarnos la esencia, el substrátum de las cosas. El predominio de este símbolo, la palabra, caracteriza como material de enseñanza todo un período de la historia de la educación. En el Renacimiento no se pasa de las palabras a las cosas, sino a sus imágenes. Las cosas como material de enseñanza es una conquista del siglo XVIII. Pero no se ha concluido con obtener la cosa, ¿qué es lo que falta? La atmósfera, el ambiente, la cosa tomada en su propio medio; la realidad misma. Este es el último paso. Sí; hay algo más que la realidad mediatizada en la escuela. No hay que separar las cosas de su todo; ni hay que esperarlas, sino ir a buscarlas donde se dan naturalmente o donde se encuentran. Este es el último paso que corresponde al siglo XIX, y el que caracteriza la pedagogía de la escuela de Costa.

En el Congreso pedagógico del año 1882, Costa presentó su fórmula, hablando en nombre y delegación de la Institución Libre de Enseñanza, y no habló de teorías, de métodos ni de procesos; habló de esto que digo, de la escuela viva, de las excursiones escolares, de la escuela en actividad, de la escuela en el mundo; de la escuela fuera de la escuela. «La escuela —dice Costa— se mantiene sobre el mismo pie, conserva la misma organización que venía teniendo desde los días de Quintiliano, sin que la ciencia moderna haya

hecho otra cosa que agregarle, por vía de adherente, por vía de accesorio, para hacer su acción más eficaz, las excursiones instructivas, los museos escolares y las lecciones de cosas. El antiguo concepto de la escuela no se aviene ya con los nuevos métodos que la ciencia proclama y la experiencia acredita; hay que invertir los términos; eso que consideran como procedimientos auxiliares, las lecciones de cosas y, por tanto, las excursiones instructivas, debe ser el todo; hay que ir a la secularización total, absoluta, de la antigua escuela, hasta arrancarla de su cimiento y aventar sus escombros por todo el territorio; que todo el territorio debe ser escuela mientras no pueda serlo todo el planeta. Si la escuela ha de cumplir la noble misión que le tiene encomendada nuestro siglo, si ha de labrar el espíritu de las nuevas generaciones para darle el temple que requieren las reñidas contiendas del siglo, no puede encerrarse entre cuatro paredes, no puede constituirse en un invernadero donde vegetan los niños como plantas aisladas, en una semioscuridad misteriosa, fija perennemente la vista en el termómetro, extraños a las palpitaciones de la vida social y a los grandes problemas de nuestro tiempo, y tiene que actuar al aire libre, tiene que aspirar la vida a raudales, difundíndose como la sangre por todos los conductos y arterias del organismo social; no ha de representarse por un sencillito plano, sino por el mapa de España, teniendo por confines las playas del mar, por techumbre el cielo, por material de enseñanza cuanto posee y ha atesorado en la serie de los siglos la Humanidad, abriendo cátedra en la plaza pública, en el campo, en la mina, en el taller, en el buque, en el templo, en el *mitin*, en el Tribunal, en el Congreso, en el museo, allí donde la Sociedad se congrega para pensar, para orar, para discutir, para trabajar, para realizar esto que constituye el fin último de la Humanidad en la tierra: el desenvolvimiento indefinido de nuestra esencia, el triunfo definitivo del bien sobre el mal, y el ascendimiento perpetuo del alma hacia Dios.»

Trabajo manual, ejercicios prácticos, juegos, museos, coeducación, como en el extranjero, etc., son cosas todas que al lado de aquella idea central de la escuela en la vida, pidió y siguió pidiendo siempre Costa desde su primera actuación pedagógica. Ya empezaba la europeización contra el africanismo.

La segunda etapa de Costa, en que actúa como educador político, empieza, según Cossío, en 1883, en el Congreso de Geografía comercial. Hacía falta, dice, un ideal común, un ideal patrio, y Costa fue a buscarlo en las entrañas de la tradición y de la raza. Costa supo formularlo, y a su iniciativa se debe la única eficacia de este ideal común que en la época moderna hemos logrado: la adquisición de territorio en África. Querer participar, decía Costa, en la política europea, para una nación como la nuestra, no puede ser sino buscando territorio colonial, conforme han hecho Francia, Bélgica y Alemania. Su maravilloso discurso de resumen en aquel Congreso, discurso que pronunció, porque hombres en la plenitud de las responsabilidades y de altura de Cánovas y de Moret... no lo hicieron en el programa más vivo, más noble y elocuente de los problemas que entraña la educación política y el despertar de un ideal público en nuestro pueblo.

No seguiré más en esta parte de su estudio a Cossío, y entraré con él en la tercera y última fase de la actividad pedagógica de Costa. Surge ésta con el desastre nacional de 1898, y aparece entonces Costa de la manera que todo el mundo ha dicho: como el Fichte aragonés, englobando sintéticamente en una más unitaria y trascendental concepción educadora las dos fórmulas anteriores: la pedagógica y la política, tomando ambas superior alcance y

amplitud de horizonte. Dejémosle hablar, y oigámosle, que es lo esencial, en sus pasajes más fundamentales.

En el mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón se dedicó interés especial a este asunto. Decía este mensaje: «Si el mal presente es consecuencia de la corrupción general, de la degradación común en que todos nos hallamos sumidos, a la nación, degenerada como está, no se la puede llevar a una vida nueva sino por medio de una completa regeneración. Esto sólo podemos alcanzarlo, y es con lo único que podemos contar, por medio de una nueva educación, de una educación nacional, una educación moral y patriótica, universal, real y efectivamente obligatoria, que transforme y purifique al individuo, a la sociedad y al pueblo.»

Para esto proponía, por ser lo primero y más urgente en todos los órdenes de la enseñanza, la reforma del personal existente y la formación de otro nuevo; hacer la reforma pensando tan sólo en hacer lo que hacen otros pueblos, gastar muchísimo más dinero del que ahora se gasta en la primera enseñanza y en la popular de artes y oficios, y en la segunda y superior gastar algo más; pero, sobre todo, administrar mejor lo actual; acabar con la eterna lucha de partidos políticos y religiosa, debiendo ser la base de concordia la neutralización de la enseñanza pública en todos sus grados.

En escritos de aquella época ha repetido constantemente estos conceptos: «La escuela y la despensa, la despensa y la escuela; no hay otras llaves capaces de abrir camino a la regeneración española; son la nueva Covadonga y el nuevo San Juan de la Peña para esta segunda reconquista que se nos impone, harto más dura y de menos seguro desenlace que la primera, porque el Africa nos ha invadido ahora, y lo que hay que expulsar no es ya exterior, sino que reside dentro, en nosotros mismos y en nuestras instituciones, en nuestro ambiente y modo de ser y de vivir.»

Costa repitió hasta la saciedad que la mitad del problema español está en la escuela y la otra mitad en la despensa. «Hay —decía— que rehacer al español; acaso dijéramos mejor, hacerlo. Y la actual escuela no responde, ni remotamente, a la tal necesidad. Urge refundirla y reformarla, convirtiendo a esta obra redentora las escasas energías sociales con que pueden contar los gobernantes y sus auxiliares. Lo que España necesita y debe pedir a la escuela no es precisamente hombres que sepan leer y escribir; lo que necesita son hombres, y el formarlos requiere educar el cuerpo tanto como el espíritu, y tanto o más que el entendimiento, la voluntad. La conciencia del deber, el espíritu de la iniciativa, la confianza en sí propio, la individualidad, el carácter, y juntamente con esto, la restauración del organismo corporal, tan decaída por falta del aseo, del exceso de trabajo y la insuficiencia de la alimentación; tal debe ser, en aquello que corresponda a los medios, el objetivo de la escuela nueva. Y condición esencial y previa por parte del legislador, ennoblecer el Magisterio, elevar la condición del maestro al nivel de la del párroco, del magistrado y del registrador; imponer a su carrera otras condiciones que las que en su estado actual de abatimiento pueden exigirse.»

Hay que insistir, sobre todo, en que en esta última época el punto central para Costa consiste en afirmar que no hay más salvación en la escuela que la reforma del maestro. «Hagamos —repite— o promovamos una revolución en el presupuesto de la nación que permita gastar en un breve plazo 150 millones en edificar escuelas y otros 150 en formar maestros, y el doble siquiera en fomentar la construcción mediante caminos, obras hidráulicas, puertos comunales, enseñanza técnica, etc. La europeización es, pues, la última forma de

Costa. El Africa, según él, ha vuelto a invadirnos espiritualmente, y es preciso expulsarla de nuestro suelo. «Todo español —concluye— está obligado a defender la patria con los libros en la mano.»

La oligarquía y caciquismo, ¿qué representan sino la afirmación escueta de la aflictiva mentira en que vivimos en las dos fundamentales épocas de la vida social: el régimen de gobierno en que la libertad es una farsa, y el económico en que es otra farsa el presupuesto?

La europeización de Costa puso de relieve la famosa frase: «Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar.» Y como lleva consigo una trascendental concepción educadora, volvió sobre ella para que no cupieran falsas interpretaciones, en un famoso discurso, que pronunció en los juegos florales de Zaragoza. Decía lo siguiente: «Hace tres años, en un mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón al país, que ha alcanzado cierta resonancia, había yo estampado a guisa de frontispicio de un plan o programa de reconstitución nacional, junto con otros aforismos, uno metafórico que decía: "Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar". Hubo quien vio en este enunciado del programa aragonés la fórmula de nuestra regeneración, pero no faltaron, en cambio, quienes la diputasen de herejía, entendiendo que el pensamiento era hacer tabla rasa del pasado, de la tradición, del arte, de la historia, de la leyenda; borrar de la memoria de los españoles las figuras del Campeador y del Quijote para levantar aquellos altares a un tenedor de libros; proscribir la abnegación, el heroísmo, la generosidad, la nobleza, todo lo que hay de grande y sincero en nuestro pueblo...»

Como resumen y conclusión de la idea pedagógica de Costa, dice el señor Cossío: «El ha dado también la fórmula corpórea de la urgente necesidad de una educación popular, democrática: "Hay que enseñar para la blusa y para el calzón corto." Porque vio claramente que sin blusa y sin calzón corto no hay salvación posible para el país: Costa nos ha enseñado con su persona a buscar el ideal; nos ha enseñado que hay que crearlo en el pueblo cuando no existe; que cuando está abúllico hay que ofrecerle como ejemplo el trabajo; que hay que huir en absoluto del personalismo, pensando sólo en las cosas objetivas, en las cosas en sí; que no debemos ser indiferentes ni pesimistas, sino optimistas, aunque optimistas tristes, porque no hay derecho, absolutamente ninguno, a estar alegres mientras la patria se encuentra en estas condiciones. Nos ha enseñado, además, con su ejemplo a corregir los dos vicios más capitales de nuestro carácter nacional. Perdonad que os lo diga serenamente, sin acritud; pero ello es verdad. Padecemos fundamentalmente, y esto se ve en la escuela, la cobardía y la mentira. Somos esencialmente cobardes en cuanto al valor cívico, y, naturalmente, la cobardía viene acompañada de este vicio que corroe por entero a la juventud: la mentira. En las escuelas primero y en la vida luego, abunda el mentir, por desgracia.

Esto es lo que no ha hecho Costa jamás. El tuvo valor para decir la verdad siempre. Su vida fue ejemplo constante contra toda clase de mentiras y farsas. Costa nos ha dado el ejemplo de una austeridad llevada hasta el último límite, que bien pudiera calificarse de franciscanismo. Con su pobreza dio ejemplo de lo que pregonaba; o sea que no debemos gastar más que lo que tenemos.

Fichte fue oído en Alemania, pero Costa no ha sido oído en España, y, sin embargo, lo que dijo Costa es sencillo de entender y ser oído: que hacen falta escuelas; que hacen falta maestros; que se necesita cultura y más cultura. Mas para oír es necesario tener oído, como hay que tener corazón para enamorarse. El oído, la comprensión, se forma con la cultura y con la escuela.

Mediante ella se aprende a ver y a oír y a entender lo que se oye. Por la escuela alemana fue escuchado Fichte. Las palabras del aragonés cayeron en tierra dura. Cuando tengamos en España 100.000 maestros de escuela y no exista el 68 por 100 de analfabetos, entonces será oído Costa.»

Habla también el señor Cossío de la amargura que se apoderó de Costa en los últimos años de su vida, y dice que en las obras que ha dejado sin terminar existe esta interrogante: «¿España puede salvarse?» He aquí algo que cuando piensa en ello Costa rompe en trenos de ira, como los profetas de los hebreos. La última etapa de Costa acaba con estas notas: desconsuelo, desesperación, amargura. Y enlazado con ellas acaba igualmente Cossío diciendo:

«Cuando se habla de construir para Costa monumentos de granito, cuando quiere consagrarsele pirámides y obeliscos en los altos de las montañas de Aragón, sé que se le profana. Costa (y digo esto por la intimidad que con él me ha unido) hubiera deseado que se le hubiera dejado tranquilo en su pueblo de Graus, enterrado al pie de aquella mimbrera gigante, bajo la que se sentaba y a cuya sombra descansaba al regresar de paseo, en aquel campo sereno, silencioso, aislado, en que él buscó siempre, no la paz, sino la inquietud de su noble espíritu, para verterla a torrentes en puro servicio de su patria. Allí ha debido descansar eternamente. Y lo único que a mi juicio debiera ponerse sobre su sepulcro son los versos lapidarios con que Miguel Angel, de quien Costa heredó la indignación y el amor patrio amargado por la tiranía y desgobierno en Florencia, contestara al saludo que Felipe Strozzi dirigió a la estatua de *La Noche*, en la tumba del Penseroso:

*Me es grato el sueño, y también ser de piedra,
mientras la infamia y la vergüenza duran,
no ver y no sentir me es doloroso:
pero, ¡ay!, no me despiertes, habla bajo.*